

LA PRINCESA DE LAS ESCALERAS DE ORO

2º-3º

Habia una vez un rey que tenía tres hijos. El mayor, que sería el rey algún día en lugar de su padre, era grande y robusto y siempre tomaba para sí lo mejor de todo: el mejor caballo, la cama más suave, y el plato de comida más grande. No le importaban sus hermanos menores. Cuando iban juntos a algún lugar siempre los empujaba fuera de su camino para ser el primero.

El segundo hijo era bastante pequeño y delgado, pero era rápido y astuto. Sabía contar hasta mil, leer grandes y gruesos libros, y pensaba que sería un mejor rey que su hermano mayor.

-*“¡Si solo sucediera algo para que eso fuera posible!”* Pasaba gran parte del tiempo conspirando para ganar la corona del rey.

El hijo más joven no era ni grande ni robusto, ni tampoco astuto, pero tenía un buen corazón y siempre pensaba en los demás antes que en sí mismo. No imaginaba que alguna vez sería tan importante como su hermano mayor o tan astuto como el segundo. Amaba al caballo más miserable del establo del rey. Dormía en el lecho más duro de manera bastante confortable y comía lo que dejaban sus hermanos.

Un día los tres hermanos salieron de cacería. Partieron temprano por la mañana, al salir el sol. El hermano mayor cabalgaba sobre el mejor caballo del rey, el segundo hermano en el segundo mejor, mientras el tercer hermano los seguía sobre una pobre bestia demasiado vieja para correr, pero que, sin embargo, era dócil y estable.

Al aproximarse a un gran bosque, un hermoso ciervo dorado saltó de entre los arbustos y se internó velozmente en la espesura. Los dos hermanos mayores espolearon a sus veloces caballos y pronto desaparecieron entre los árboles, dejando al hermano más joven que siguiera lo mejor que pudiera sobre su pobre y viejo caballo.

Siguió tras ellos durante muchas horas, buscando las huellas de los cascos de sus caballos por los senderos del bosque. Así trascurrió el día, hasta que, al ponerse el sol, escuchó voces.

Al cabalgar hacia ellas, finalmente los encontró sentados junto a la fogata que habían hecho para calentarse. Se preparaban a pasar ahí la noche, pues se encontraban perdidos en el oscuro bosque; tampoco habían visto al ciervo dorado que los había llevado hasta ahí.

El hermano mayor les exigió a los otros dos sus capas para abrigarse. Envolviéndose en ellas, pronto se durmió confortablemente. El segundo hermano se ubicó en el mejor lugar junto al fuego y le dijo al hermano menor que lo mantuviera encendido durante toda la noche.

Así, el segundo hermano se durmió sobre un cómodo lecho de ramas de pino, mientras el menor pasó toda la noche juntando leña para el fuego.

Apenas se hizo de día, despertaron los dos hermanos mayores. No le dirigieron ninguna palabra de agradecimiento al menor por haber mantenido el fuego toda la noche. De hecho, montaron sus caballos de inmediato y salieron a buscar el camino de regreso a casa, dejando que el menor apagara el fuego y los siguiera lo mejor que podía en su lento y viejo caballo.

Los tres cabalgaban sin saber dónde los llevaría el sendero, cuando se encontraron con una pequeña choza.

El hermano mayor golpeó a la puerta. La abrió rápidamente un viejecito con una barba blanca que le llegaba a las rodillas. Sin esperar ser invitado, el hermano mayor entró a la choza. El segundo hermano se deslizó dentro al darle el hombrecillo la espalda.

El menor, mientras tanto, esperó afuera que lo invitaran a entrar.

¡Esperó un buen rato! Pero, ¿qué acontecía dentro de la choza?

El hermano mayor, una vez que estuvo dentro, vio una pequeña mesa y sobre ella un plato de avena caliente, la comida del anciano, e inmediatamente se la comió toda.

El segundo hermano, mirando por todos los rincones de la choza, encontró un saco de manzanas, y comió todas las que quiso.

El viejecito se quedó mirándolos con sus brillantes ojos azules, sin decir palabra.

Después que los dos terminaron de comer; el mayor dijo con voz fuerte al viejecito,

"Yo soy el mayor de los hijos del rey. Algún día seré rey. Mis dos tontos hermanos se hallan conmigo, perdidos en el bosque, y tal vez tú nos puedas mostrar el camino de vuelta a nuestro palacio."

Entonces respondió

*"El camino a seguir,
pronto lo descubrirán ...
... cuando en este mágico lugar
su rostro oculto conocerán."*

"¿Qué enigma es este?" gritó el mayor de los príncipes, *"Explícamelo o te despedazaré miembro por miembro."*

Entonces dijo el viejo,

"Encontrar el camino para salir de este bosque mágico solo será posible si tienen el coraje de verse tal como son."

"¡Jo-jo! Gritó el príncipe. "¿Coraje?" "Tengo más que suficiente."

"¿Dónde podríamos tener este placer?" preguntó el segundo hermano.

El anciano los guió fuera de la cabaña hacia un pozo cubierto. Lentamente levantó la tapa y les dijo a los príncipes que miraran dentro.

El hermano mayor se complació ante el pensamiento de verse como realmente era. De seguro que se vería vistiendo ropas de rey y una corona de oro; pero al mirar dentro del pozo, se puso pálido. Vio que lo miraba, a través de las aguas claras, un salvaje lobo de fauces

abiertas y afilados colmillos, listo para saltar sobre él y devorarlo. El príncipe saltó hacia atrás rápidamente, pero fingió que no pasaba nada.

"Lo único malo que veo es que necesito peinarme", dijo.

Le tocó el turno al segundo hermano, quien pensó cuánto placer sentiría al verse a sí mismo vistiendo las ropas de un rey y luciendo una corona de oro; pero al mirar dentro del pozo, se puso verde. Mirándolo a través de las aguas claras se hallaba un astuto zorro, agazapado y listo para saltar sobre él.

Él también retrocedió rápidamente y pretendió que no pasaba nada fuera de lo común.

"Sólo veo que mi capa está arrugada," dijo.

Mientras tanto, el hermano más joven los había seguido y el viejecito le hizo señas para que mirara dentro del pozo. Así lo hizo y ahí, en el agua, vio a un pequeño y tierno cordero blanco que lo miraba con ojos llenos de amor como suplicando que lo tomara. Se inclinó para hacerlo, pero antes ya el viejo había tapado el pozo.

Al suceder esto, el bosque mágico se desvaneció en el aire, ¡y con él el viejecito, la choza, el pozo y todo lo demás!

Y los príncipes se encontraron en la puerta del palacio de su padre.

Los dos hermanos mayores guardaron lo que habían visto en el pozo como un oscuro secreto, también entre sí; pero no pudieron olvidar.

El hermano mayor seguía pensando sobre el lobo salvaje.

Todos los días se miraba al espejo y se podría haber sentido reconfortado al ver la imagen que este le devolvía de su propio rostro; pero no era así.

-¿Qué sucedería si de repente se transformara en lobo frente a los demás?

Empezó a usar largas ropas de terciopelo, que ocultaban sus brazos y piernas, y grandes sombreros adornados con largas plumas que caían sobre sus hombros y ocultaban su rostro.

El segundo hermano también pasaba mirándose en los espejos. Rara vez salía de su habitación, por miedo a convertirse en un zorro y ser cazado por los guardias del rey.

En cuanto al tercer hermano, este recordaba al pequeño cordero y sentía no haberlo traído a casa con él; pero nunca se lo contó a nadie, porque no imaginaba que a alguien le pudiera interesar.

Al mismo tiempo vivía, en el reino vecino, una hermosa princesa cuya fama se había extendido lejos. No sólo era más hermosa que ninguna otra princesa, sino que pintaba hermosos cuadros y cantaba hermosas canciones, y poseía mucho conocimiento y sabiduría. Vivía en un palacio dorado en la cumbre de una montaña empinada y rocosa. Una escalera de oro, que brillaba como el sol, llevaba hasta este palacio (era la única forma de llegar a él).

Un día se propagó el mensaje de que la princesa se casaría con el príncipe que pudiera subir por las escaleras doradas sin dejar una sola marca o rasguño, dejándolas tan brillantes como siempre, tras haber pasado por ellas.

Al escuchar esto, el rey llamó a sus tres hijos y dijo,

-"El que de ustedes pueda ganar a esta maravillosa princesa como esposa será rey después que yo me haya ido, porque ella es tan grande, que cualquier hombre que la tenga como esposa ciertamente será el mejor rey."

El hijo mayor del rey inmediatamente se despojó de su largo ropaje y su sombrero emplumado y corrió al establo a ensillar el mejor caballo, para salir a encontrar y ganar a la Princesa de las Escaleras de Oro.

En el camino vio a un pequeño cordero blanco que intentaba cruzar un profundo río. El cordero pedía ayuda, porque la corriente era demasiado fuerte.

El príncipe se rió de él y gritó,

-"Tengo cosas más importantes que hacer."

Y se alejó al galope. Después se encontró con un zorro que había sido herido por un cazador. Cojeando penosamente, pedía ayuda y agua. El príncipe se rió de él y gritó,

-"Tengo cosas más importantes que hacer". Y se alejó al galope.

Más adelante vio a un lobo que había caído en una trampa. El lobo rogaba ser liberado y prometía al príncipe su ayuda como recompensa.

Al ver al lobo, el príncipe, lleno de ira, puso una flecha en su arco y le disparó. Se alejó al galope, gritando,

-"Tengo cosas más importantes que hacer."

Finalmente vio las escaleras de oro que llevaban al palacio dorado en la cumbre de la empinada y rocosa montaña. Descendió del caballo y se puso unas suaves y gruesas medias sobre sus zapatos para no dejar marcas en la escalera al subir por ella.

Entonces subió, peldaño por peldaño, sin mirar hacia atrás, hasta llegar ante las puertas doradas del palacio. Estaban cerradas. Tiró de una cuerda dorada y, desde adentro, escuchó el sonido de una campana. Después, hubo silencio. Tiró nuevamente de la cuerda, y nuevamente sonó la campana, y nuevamente hubo silencio, Entonces golpeó a la puerta con sus puños, y mientras lo hacía, escuchó una voz que decía,

-"Mira detrás de ti y ve dónde estás parado."

Mirando hacia atrás, el príncipe vio que, a pesar de sus suaves y gruesas medias, se veía cada una de sus huellas sobre las escaleras, tan oscuras y rojas como la sangre.

-"¡Qué pena!"

Sabiendo que no podría ganar a la princesa, se fue y nunca nadie volvió a escuchar de él.

Mientras tanto, el segundo hijo del rey, había salido casi pisando los talones al hermano mayor y viajaba casi tan rápido como él. También el vio al pequeño cordero blanco que luchaba contra la corriente, pidiendo ayuda, pero lo dejó ahogarse, diciendo,

-"De cualquier manera, hay demasiados corderos en el mundo."

Se encontró con el zorro herido que pedía agua y ayuda, pero le disparó y siguió galopando, diciendo,

"Ya nunca me volverás a molestar".

Y después pasó al lado del lobo que había caído en la trampa y rogaba por su libertad, pero el príncipe sólo pensaba en su hermano mayor y espoleó a su caballo para intentar sobrepasarlo.

Cuando, finalmente, también llegó a las escaleras de oro que llevaban al palacio dorado en la cumbre de la empinada y rocosa montaña, estas brillaban tanto como el sol. Bajó de su caballo y puso un suave trozo de alfombra en el primer peldaño.

Parándose sobre él, puso una segunda alfombra en el segundo peldaño. Así subió las escaleras de oro, tomando la alfombra que se hallaba tras suyo y poniéndola por delante de él, hasta llegar a las puertas doradas del palacio.

Como estaban cerradas, tiró de la cuerda dorada y escuchó el sonido de la campana. Después hubo silencio.

Por segunda vez, tiró de la cuerda nuevamente sonó la campana, y nuevamente hubo silencio.

Comenzó a tironear la cuerda, una y otra vez, y mientras la campana todavía sonaba, una voz gritó,

"Mira atrás tuyo y me por dónde has pisado."

Mirando hacia atrás, el segundo hermano vio que las escaleras doradas estaban marcadas con suciedad y polvo.

-¡Qué lástima! Supo que las puertas doradas no se abrirían para él, y también se alejó, y nunca más se supo de él.

Mientras tanto, el príncipe más joven no había planeado ir en busca de la Princesa de las Escaleras de Oro; pero su padre le dijo que debía hacerlo, para tener la oportunidad de ser rey.

Entonces hizo los preparativos, salió en su dócil y viejo caballo por el mismo camino de sus hermanos mayores a través de los campos y los bosques.

Al aproximarse a un profundo río, vio a un pequeño cordero blanco que intentaba nadar por la rápida corriente y gritaba por ayuda. El príncipe desmontó y nadó hacia la criatura que se ahogaba, trayéndola a la orilla.

Después lo puso en frente de él, sobre su caballo, y lo llevó como regalo para la princesa. Después vio al zorro herido que cojeaba y pedía agua y ayuda, nuevamente desmontó, vendó su herida y le dio de beber

Y al encontrar al lobo que sufría lo liberó de la trampa.

Al fin llegó a la escalera de oro que llevaba hacia el Palacio dorado en la empinada y rocosa montaña, y se maravilló ante su belleza. Levantando al pequeño cordero sobre su caballo, ni pensó en sacarse los zapatos, llenos de barro al subir las escaleras. Al llegar a las puertas del palacio tiró de la cuerda dorada y mientras la campana sonaba, las puertas se abrieron y él entró.

¡Maravilla de las maravillas, tras él, cada peldaño de la escalera de oro brillaba como el sol!

Y así fue como el hijo más joven del rey ganó la mano de la bella Princesa de las Escaleras de Oro y la llevó a casa como su novia. Y al morir su padre, se convirtió en rey, con la princesa como su reina, y gobernaron el reino con sabiduría.

Aportación de Patricia Juárez M.